

A PROPÓSITO DE JACQUES LE GOFF

Rubin, Miri (Editor). *The Work of Jacques Le Goff and the Challenges of Medieval History.* Rochester, N. Y., Boydell Press, 1997, p. 262.
Revel, Jacques, Schmitt, Jean Claude (editors). *L'ogre Historien. Autour Jacques Le Goff.* Paris, Gallimard, 1998, p. 353.

Jacques Le Goff es, sin duda, el historiador aún vivo de la tercera generación de la llamada escuela de Los Annales cuya obra ha alcanzado mayor reconocimiento e influencia entre los medievalistas modernos dentro y fuera de Europa. Así se concluye de los treinta y cinco artículos que componen estos dos libros. El lector encuentra allí un recuento de su trayectoria intelectual y profesional; un balance de su contribución al conocimiento de la Edad Media, de su metodología y de las implicaciones teóricas de su obra.

I

The work of Jacques Le Goff and the Challenges of Medieval History es el resultado de un coloquio que tuvo lugar en el Centro de Historia y Economía del King's College, en Cambridge, entre el 6 y el 9 de abril de 1994. Cerca de cincuenta medievalistas de Gran Bretaña, Francia, Alemania, Bélgica, Hungría, Rusia y Estados Unidos, se reunieron con ocasión del septuagésimo cumpleaños de Le Goff. ¿Qué han aprendido de él los medievalistas y en qué se ha progresado desde el momento en que planteó o propuso determinado problema? Son éstas las dos preguntas en las que se puede resumir este libro, algunos de cuyos artículos son el desarrollo de temas inicialmente planteados por Jacques Le Goff, ya sea para confirmar los puntos de vista del historiador francés, ya sea para criticarlos.

Peter Biller, al estudiar la manera como cronistas y teólogos representaban la relación entre los sexos, formula una hipótesis según la cual en los siglos XIII y comienzos del XIV se observa un desarrollo de la conciencia de cantidad, en términos de lo que el autor denomina pensamiento demográfico. Con ello reafirma la periodización que formuló Le Goff en su estudio sobre las órdenes mendicantes al establecer que entre franciscanos y dominicos se venía consolidando una conciencia del número como consecuencia del crecimiento urbano. Robert Moore se inspira en los estudios del historiador francés sobre la relación entre cultura popular y cultura oficial y lo hace refiriéndose a los milagros. Concluye, en contra de la opinión de muchos historiadores, que las curaciones milagrosas en vida eran diferentes a las que se realizaban después de la muerte del santo. Las diferencias las establece observando los rituales de curación. Hacia el siglo XI hubo un giro en las relaciones entre cultura oficial y cultura popular: los milagros en vida, cuya función era movilizar el sentimiento y los valores de la comunidad, van desapareciendo. La Iglesia busca ejercer un mayor control. Le Goff tenía razón: hacia el siglo XI podemos identificar el fin del mundo antiguo.

Alexander Murray examina las diversas maneras de recordar el tiempo en la Edad Media: deduce que, a diferencia de lo que sugiere Le Goff, el tiempo de la Iglesia y el

de los comerciantes fueron idénticos. Ambos tiempos eclipsaron el tiempo agrícola, por una misma razón: tanto la Iglesia como los comerciantes necesitaban contar con cálculos más organizados y precisos; una y otros, formaban parte de la economía urbana. Alain Boureau recuerda que el intelectual medieval no se reduce a la institución universitaria pues no se debiera olvidar el notable papel de los teólogos en la formulación del pensamiento jurídico. En el mismo sentido se pronuncia Jean Dunbabin para quien, en el libro de Le Goff *Los intelectuales de la Edad Media*, se ha exagerado el carácter urbano de la universidad medieval al adoptar como modelo a la universidad de París que era una excepción. Así mismo, se ha subvalorado el papel de los comentaristas medievales, de los especuladores escolásticos a quienes Le Goff califica de hombres desarraigados, comprometidos con verdades eternas y abstractas, sin contacto con la historia contingente y en evolución; sin embargo estudios recientes han destacado la enorme vitalidad del pensamiento lógico. Se ha descubierto que preocupaciones de filósofos del siglo XX fueron investigadas por los especuladores medievales. Así por ejemplo, advierte Dunbabin, el punto de vista de Tomás de Aquino acerca de la adquisición de conceptos es similar al planteado por N. Chomsky; la teoría literaria contemporánea se sirve de las teorías medievales. “Comunicarse con el futuro no es en sí mismo una actividad menos útil que comunicarse con la propia época” (p. 167).

El historiador ruso Aarón Gurevich, por su parte, estima que Le Goff al vincular el nacimiento del purgatorio con las condiciones materiales y sociales de Europa en el siglo XII, no logra explicar por qué en la Iglesia Ortodoxa no se formó la idea de purgatorio si allí también hubo desarrollo mercantil y crecimiento urbano. La explicación tiene que ver no tanto con los detalles de la vida social como con las actitudes mentales de los creyentes. (p. 246).

Resulta paradójico que mientras Gurevich acusa a Le Goff de determinismo económico, Stuart Clark lo califique como ejemplo de lo que se podría considerar historiografía postmodernista. Le Goff, argumenta Clark, es una excepción dentro de la escuela de los Annales. Ésta es resistente a aceptar la historia como estudio de los significados y representaciones; dice que para el historiador francés el tiempo es ante todo un vehículo de tabúes, de diferenciaciones ideológicas; el desierto no es una realidad ambiental sino un lugar de miedos; el océano Índico es ante todo una idea y su espacio un lugar de mitos y leyendas. Y en fin reconoce que si bien Le Goff distingue entre realidades materiales y mentales, entre coyunturas económico-sociales y las ideológicas “estas distinciones no son examinadas con cuidado y no parecen interesarle más de lo que le interesan a Roger Chartier”. (p. 262). Clark está equivocado. A Le Goff sí le interesan esas distinciones. *El nacimiento del Purgatorio* es el mejor ejemplo: la idea de purgatorio está asociada a las transformaciones económicas del siglo XII. Con Clark ocurre lo que con otros historiadores decididos defensores de la teoría postmoderna: creer que aproximarse a temas y métodos nuevos significa abandonar los principios sobre los cuales se ha venido edificando sus interpretaciones. Esto es lo que hace F. R. Ankersmit en un famoso artículo sobre historiografía y postmodernismo. Según él, *Montaillou* de E. Le Roy Ladurie, *El domingo de Bouvines* de Georges Duby,

y *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg son ejemplos de la historiografía postmodernista porque sus propósitos ya no son ni la síntesis, ni la integración, ni la totalidad¹. Sin embargo como lo ha advertido Eric Hobsbawn, esos mismos historiadores han escrito obras de síntesis, y escoger la técnica micro histórica “no significa forzosamente que rechacen los telescopios por considerarlos anticuados”². Algo similar podría decirse de Le Goff: ocuparse de las representaciones sobre el trabajo y el espacio no significa que estos no le interesen como realidades materiales.

Una segunda parte de este texto evalúa la influencia de la historiografía francesa en general, y de Le Goff en particular, en los estudios históricos medievales dentro y fuera de Europa. El impacto en algunos países fue tardío, en otros temprano, pero en todos los casos ha sido significativo. Según André Vauchez, el autor de *Mercaderes y banqueros en la Edad Media*, ha tenido notable acogida en Italia precisamente porque sus viajes a la península le permitieron, no solo descubrir los mercaderes italianos medievales, tema de estudio de este su primer libro (1956), sino conocer amigos intelectuales. Hoy es aún considerado como un líder intelectual y respetado por su autoridad moral. Esto último se ilustra con la protesta que presentó Le Goff cuando el gobierno italiano emitió una estampilla con la figura de Gentile, ministro de Educación del régimen de Mussolini. En España según Adeline Rucquoi, tras una notable presencia en los estudios de historia social y económica durante los años cincuenta, la influencia de los *Annales* ha sido débil. Tuvo mayor acogida el materialismo histórico, en especial durante los años setenta y ochenta. En la llamada historia de las mentalidades, los desarrollos han tenido que ver con la época moderna; la renovación de los estudios medievales ha sido obra de extranjeros. En Bélgica y Holanda, el impacto francés, notorio en un principio, se debilitó luego para hacerse presente de nuevo después de los años ochenta. Walter Simons recuerda que, en sus propios comienzos, *Annales* se relacionó con historiadores de los Países Bajos, en especial con Henri Pirenne y J. Huizinga, los dos más importantes medievalistas de la primera mitad del siglo XX. Ellos pueden ser considerados como precursores y padrinos de la revista francesa; sin embargo, la recepción de *Annales* fue lenta y la actitud de los historiadores más bien indiferente. Ni Huizinga ni Pirenne tuvieron seguidores importantes y, según Simons, eran considerados más como parte del pasado que del futuro. Los historiadores belgas y holandeses de los años treinta se refugiaron en el positivismo. La situación cambió después de los setenta, debido a modificaciones políticas y culturales, especialmente en Bélgica; el Estado abandonó el confesionalismo y se dio a conocer la antropología angloamericana. Las revueltas estudiantiles consiguieron abrir los programas a los logros de *Annales*.

Otto Gerhard, con base en las reseñas escritas en distintas revistas, deduce que los medievalistas franceses tuvieron mayor acogida en Alemania oriental que en Alemania occidental donde fue escasa la atención. *La Sociedad feudal* de Marc Bloch sólo fue

¹ F. Ankersmit, “Historiography and Postmodernism”. *History and Theory*, (1989), p. 149.

² E. Hobsbawn, “Sobre el renacer de la narrativa”. Capítulo del libro *Sobre la historia*, Barcelona, editorial Critica, 1998, p. 194.

traducida cuarenta años después de la muerte de su autor. La historiografía alemana se fascinó con la historia institucional y con el estado a cuya historia ha rendido culto. Incluso fue escasa la atención prestada a la obra de Max Weber, con excepción de Otto Hintze cuya obra, sin embargo, desaparece con la llegada del nazismo.

Lester Little escribe un ensayo sobre la historiografía norteamericana desde el siglo XX hasta hoy, destacando la importancia de los inmigrantes, de los cuales el de mayor influencia fue Robert López. El mismo Marc Bloch estuvo a punto de migrar a los Estados Unidos. La institucionalización de los estudios medievales es temprana: en los años 20 se fundaron la Medieval Academy of America y su revista *Speculum*. Fue Lawrence Stone, en los años setenta, el impulsor de la historiografía francesa, uno de cuyos historiadores con mayor eco ha sido precisamente Jacques Le Goff, miembro correspondiente de la mencionada academia.

Teniendo en cuenta su propia experiencia, Aarón Gurevich concluye que, por mucho tiempo, los medievalistas rusos estuvieron al margen de lo que ocurría en Europa Occidental y se concentraron en la historia agraria, lo que se debió al monopolio de la teoría marxista. La situación cambió a partir de los años setenta, aunque él debía trabajar con cautela ya que las autoridades del partido comunista veían los *Annales* como un peligroso enemigo y competidor del marxismo oficial. Incluso la traducción de la obra de Marc Bloch fue considerada como un grave error político. Dice que sólo en 1989 tuvo la oportunidad de conocer personalmente a algunos historiadores franceses, pues las autoridades no le permitían viajar al extranjero. Sin embargo, creo que esta experiencia no debiera extenderse a otros historiadores rusos. Me parece que el aislamiento no fue tan acentuado y que el contacto con la historiografía occidental fue más temprano de lo que Gurevich juzga. Así lo demuestran la acogida y aceptación en Inglaterra que desde los años treinta del siglo XX tuvieron las obras de Eugene Kosmismki³, la participación de notables historiadores rusos en los congresos mundiales de historia y el estudio de temas que suelen vincularse a la historia de las mentalidades⁴.

Le Goff también ha tenido acogida en países de la Europa central y oriental. Según Gabor Klaniczay, desde los años setenta sus obras han sido traducidas al húngaro; numerosos estudiantes han viajado a Francia y escrito tesis bajo su dirección. En una encuesta reciente con estudiantes, Le Goff fue considerado el historiador de mayor influencia entre los medievalistas de Hungría. Klaniczay concluye que su importancia para los países del este de Europa es su idea de que no hay varias Europas, pues según el historiador francés, la Europa medieval se extendía desde Irlanda hasta Jerusalén, desde Santiago de Compostela hasta las tierras de los escitas. Esta interpretación tiene enorme atractivo político hoy.

³ E. Kosminsky, "Services and Money Rent in XIII Century". *Economic History Review*, N. 5, 1935; The Evolution of the Feudal Rent in England from XIth to XVth centuries, *Past and Present*. 1955;

Studies in the Agrarian History of England in the 13th Century, Oxford, Oxford University Press, 1956.

⁴ Alexander, Kaxdhan "Livres Sovietiques recents sur la culture du Moyen Age et de Renaissance", *Annales, Economies, Societés, Civilisations*, 1980, n. 2.

En el balance que se ofrece sobre la influencia francesa se echa de menos una referencia al caso inglés, lo que no deja de sorprender si se tiene en cuenta que fue precisamente en Inglaterra donde tuvo lugar el seminario que dio lugar a esta obra. A juzgar por lo que cuenta Eric Hobsbawm en un artículo escrito en 1978⁵, la influencia francesa en Gran Bretaña fue temprana: desde los años treinta se leía la revista *Annales* y el mismo Marc Bloch fue invitado a la universidad de Cambridge. A ingleses marxistas y franceses de *Annales* los unía en esos años una común preocupación por la historia económica y social y por escribir en contra del establecimiento. Fue además una relación que se fundamentaba en la amistad y la cooperación.

II

L'ogre historien es también un homenaje que en este caso le rinden sus amigos, colegas y discípulos en su mayoría franceses. Jacques Revel y Jean Claude Schmitt reunieron diecisiete ensayos sobre los más diversos temas con un título que se inspira en una metáfora de Marc Bloch quien decía que el buen historiador se parece al ogro de la leyenda, allí donde haya carne humana él sabe que debe ir; todo lo humano debe ser objeto de la historia. La metáfora ilustra la energía física e intelectual, la fuerza de trabajo poco común de Le Goff que tiene mucho de Michelet y de Balzac. A evocar su manera de hacer historia se dedica este libro que en la primera parte, presenta la trayectoria intelectual, de la cual uno de sus más valiosos logros ha sido el Seminario que inauguró en 1962 en la VI sección de la Escuela de Altos Estudios, y que desde entonces ha mantenido. En él ha presentado y debatido sus principales investigaciones, a él han asistido notables investigadores de las ciencias sociales y se han formado reconocidos medievalistas. J. C. Schmitt ofrece una reseña de lo que ha sido el desarrollo de ese seminario, de los métodos de estudio, de los problemas y temas que de allí surgieron y de sus más importantes resultados.

Cuando en nuestro medio se habla de la Escuela de los *Annales* suele considerarse como un grupo homogéneo de historiadores, con un método común y unas referencias teóricas estables, y no hay tal homogeneidad. Eso es lo que demuestra Jacques Ravel en el ensayo en el que presenta la trayectoria intelectual de Le Goff, cuya vinculación con la revista fue tardía y fue además uno de los historiadores que logró escapar a la atracción que sobre otros de su generación ejerció Ernest Labrousse.

En la segunda parte se examina la contribución de Le Goff tanto a la historia, como disciplina, como a la comprensión de la Edad Media. A diferencia de los ensayos del libro *The Work of Jacques Le Goff*, en *L'ogre Historien* no hay espacio para la crítica; el elogio es el denominador común. Con todo, el lector puede, tras la lectura de los ensayos escritos por Jacques Ravel, Pierre Nora, Krisoff Pomian, Pierre Toubert y Bronislaw Gemerek, hacerse una idea de sus métodos y aportes. De unos y otros quisiera destacar los siguientes:

⁵ En español publicado con el título "Nota sobre la historia británica y los *Annales*". Capítulo del libro de Eric Hobsbawm, *Sobre la Historia*, Barcelona, editorial Grijalbo-Mondadori, 1998, pp. 182-189.

En primer lugar, la constante preocupación por mantener uno de los legados de los fundadores de la revista, esto es el de la historia total. No deja de ser útil recordar que uno de los historiadores que ha estado tan cercano a nuevos temas (las imágenes, los sueños, el más allá, lo cotidiano) siga interesado en proporcionar una explicación de conjunto sobre las diversas realidades sociales del pasado y en establecer relaciones entre ellas. Ello explica otra de sus preocupaciones: lo concreto, entendido como la historia de la vida y de la acción de los hombres. Tal como lo recuerda Jacques Ravel, incluso cuando Jacques Le Goff se ocupa de las imágenes lo hace de lo “concreto imaginario”. El intento de historia total lo ilustra Pierre Toubert con el examen de la noción legoffiana de documento monumento. Según esta idea, el historiador debe recurrir a todos aquellos documentos que le sea posible recoger y en ellos debe examinar los más diversos aspectos. El documento es un monumento en el sentido de ser un montaje consciente o inconsciente por parte de la época que lo ha producido y de las épocas posteriores durante las cuales ha continuado viviendo. El documento es el esfuerzo de las sociedades por imponer voluntaria o involuntariamente al futuro una imagen de ellas mismas (p. 89); por tal razón, ningún documento es inocente y por lo tanto tiene algo de falsedad; lo cual es cierto incluso en el caso de los aparentemente neutros como los de la arqueología o de la naturaleza.

En segundo lugar, la vinculación entre antropología e historia. En algunas de sus obras se descubre la influencia de Marcel Mauss, G. Dumezil y Levi Strauss, entre los más notorios. Pierre Nora advierte que recurrir a la antropología podía ser considerado subversivo. En efecto, algunas tendencias en la antropología al insistir en la permanencias amenazaban la materia misma de la historia, es decir, el tiempo. Le Goff, sin embargo, como lo explica Revel, ha logrado escapar al inmovilismo y exotismo que caracteriza a algunos estudios antropológicos; de estos últimos ha tomado con preferencia el repertorio temático, referencias conceptuales y métodos. Se ha valido de la antropología para establecer diferencias con otras sociedades distintas a la europea. Tres de sus grandes descubrimientos; los intelectuales de la Edad Media, el purgatorio y el sueño, están asociados a la relación con la antropología. También lo están sus análisis sobre el tiempo y la economía. A esta última, lejos de considerarla del todo autónoma, la hace parte de la ética, subordinándola incluso a las creencias religiosas. El tiempo y el espacio son heterogéneos. En la corta y en la larga duración; uno es el espacio de la ciudad, otro el del campesino, otro el del mercader. Le Goff propone una larga Edad Media que va desde las invasiones germánicas hasta el siglo XVIII; allí también observa distintos tiempos: el del campo, el de la Iglesia, el del comerciante. Son diferentes los tiempos y los espacios del más allá y del más acá; los unos son estáticos, los otros son dinámicos. Entre los dos se encuentra el purgatorio que no es eterno, allí se padece dolor; es lugar de comunicación entre vivos y muertos.

En tercer lugar, la contribución a la biografía. Llama la atención el que Jacques Le Goff haya escrito la historia de San Luis, rey de Francia. Según Jacques Revel, para algunos críticos esto es un buen ejemplo de la crisis de la escuela de los Annales por cuanto muestra el fracaso de un proyecto ambicioso, refugiándose en la facilidad del relato; por el contrario, ha sido una grata sorpresa. En esa biografía el autor ha sabido sacar partido de la abundante documentación y ha mostrado las posibilidades que el

estudio de un caso brinda para comprender y poner en práctica el proyecto de una historia total; “Ha podido articular alrededor de una situación particular diversas dimensiones de la historia social que de ordinario son tratadas por separado; no ha querido reducir su personaje al contexto histórico en el que ha vivido sino que también ha procedido a la inversa reconstruyendo el contexto a partir de las coherencias y continuidades de un destino individual” (p. 52). Krysoff Pomian, por su parte, contrasta el *Saint Louis* de Le Goff con el *Federico II* escrito por E. Kantorowicz. Mientras este último, en una perspectiva nitzcheana, presenta un emperador superhombre, el historiador francés ofrece una imagen de un rey santo, pero muy humano, que pertenece a su tiempo.

En cuarto lugar, una cierta similitud con Jules Michelet. Uno y otro expresan la voluntad de escribir una historia a la vez material y espiritual de la Edad Media. El mismo Le Goff cree en el poder inspirador de Michelet y admira la Edad Media propuesta por éste; comparte con el historiador decimonónico las exigencias rigurosas impuestas por la crítica y la erudición; ve en él “un ejemplo del uso que los historiadores pueden hacer de la imaginación” (p. 81) y admira el empleo del amplio material documental que Michelet puso a disposición de los medievalistas.

La tercera parte de *L'Ogre Historien* reúne una serie de escritos que se ocupan de temas diversos en cierta manera relacionados con propuestas, ya sean metodológicas o temáticas, hechas por Le Goff. Michel Pastoreau escribe sobre los colores y su significado en la historia de la pintura y de los textiles; se concentra en explicar la relación entre colores y códigos sociales. A propósito de este artículo no resisto la tentación de mencionar una anécdota contada por el autor y que tiene que ver con la pertinencia de los temas de investigación. En nuestro medio a veces se rechazan temas de tesis o no se les otorga la ayuda necesaria porque se les considera o exóticos o no vinculados con las realidades y necesidades sociales presentes. Empero, el problema no es tanto el tema cuanto la manera como se lo vincule con una comprensión global del desarrollo social. Cuenta pues Pastoreau que en una ocasión quiso presentar a la universidad una propuesta de investigación sobre la heráldica, un asunto que lo apasionaba desde la adolescencia. Pero la heráldica, era por entonces, algo considerado inútil y reaccionario. Uno de los profesores trató de disuadirlo y le dijo que con ese tema lograría que se rieran de ambos; sin embargo, agrega Pastoreau: “yo era obstinado y quería estudiar el asunto simplemente por placer”. Después de meses de perplejidad decidió asistir al seminario de Le Goff; éste lo animó a continuar, le confirmó con su entusiasmo que “el historiador podía legítimamente probar el placer” (p. 128); con carisma lo persuadió de la pertinencia de ese objeto de investigación ya que se podía asociar con la sensibilidad, los códigos sociales, los sistemas de representación; y, agreguemos, la heráldica puede servir, por ejemplo, para comprender la conciencia de clase, de manera que el problema no es el tema sino lo que se haga con él.

Alain Boureau se refiere a las estrategias de escritura empleadas; sostiene que Le Goff, antes de que en ciertos círculos se planteara el retorno a la narración, ya se ocupaba de temas narrativos (los cuentos medievales y las novelas de amor cortés) y ha hecho uso de la narración aunque haya preferido los componentes del drama: el diálogo, la trama y los personajes. El modelo teatral, mezclando sin confundir los

espectadores y los actores, permite la experimentación y una versión nueva de la historia al tiempo que afronta lo real valiéndose del juego.

André Vauchez escribe sobre la historiografía de las herejías medievales. Concluye que, en el estado actual de la cuestión, la herejía ha dejado de ser vista como expresión única de los marginados económicos y sociales; critica la tesis ya clásica del historiador inglés Robert Moore según la cual a partir del siglo XI se advierte un uso deliberado de la violencia contra judíos, herejes, leprosos, prostitutas y otros marginados. Según Vauchez, esta tesis puede ser creíble en cuanto a judíos y herejes, pero no en cuanto a los otros marginados. Los leprosos fueron integrados en la sociedad cristiana y para su cuidado se crearon establecimientos especiales; antes del siglo XV no hay pruebas de represión contra la homosexualidad. Sin embargo, podemos decir que, como lo reconoce el mismo Moore, las actitudes de represión y benevolencia coincidían en un mismo tiempo y en el seno de la Iglesia. Mientras ciertos clérigos condenaban al leproso a ser marginado, otros invitaban a los cristianos a que los cuidaran como ejemplo de humildad cristiana. De manera que no habría por qué ser contradictoria la persecución con la creación de establecimientos para su cuidado. Creo sí que Vauchez tiene razón en que la causa principal de la formación de una sociedad represora a partir del siglo XI no fue el renacimiento de la autoridad del estado y en que fue más bien el concepto de unidad cristiana asimilado al de uniformidad. La preocupación manifiesta en la expresión *REDUCTIO AD UNUM* convirtió la diversidad en una desviación. El renacimiento de la autoridad del estado es un poco más tardío de lo que Moore sugiere.

Los otros cuatro ensayos del libro tratan del análisis de pinturas, cuentos y ritos sociales; no se refieren directamente a Le Goff; se escriben en su homenaje y se inspiran en reflexiones generales alguna vez propuestas por él. Jerome Baschet y Jean Claude Bonne examinan un cuadro de 1420, en el cual se representa el alma desnuda de Tomás de Aquino. Jacques Berilos y Marie Anne Polo de Beaulieu analizan un relato escrito por Bernardo de Claraval; en él, el santo cuenta una historia de San Malaquías sobre la tentación de la que fue víctima una mujer a quien un sapo salva al espantar el demonio. La relación entre parentesco, clientelas y ritos de alianza social es estudiada por Christianne Klapisch-Züber a propósito de los conflictos entre dos familias italianas de finales del siglo XIV: los Manelli y los Velluti. Finalmente, Louis Marin y Daniel Favre se refieren al origen, significado y alcance de la leyenda del ogro, a partir del relato de Charles Perrault.

Abel Ignacio López

*Profesor, Departamento de Historia
Universidad Nacional de Colombia*